

DJ6
ERCILA
1987

"una necesidad de carácter nacional, pues solucionaría un problema de atochamiento que sobrevendrá invariablemente si continúa el actual aumento en las exportaciones. La fruta podrá salir en forma expedita por los dos puertos de la quinta región".

Con este plan las autoridades de San Antonio se han fijado la meta de captar toda la carga proveniente de las regiones sexta y séptima, la principal zona exportadora de productos hortofrutícolas del país. "La proximidad que tienen con el puerto y las facilidades que acá existen debieran hacer que estas cargas se dirigieran hacia nuestro terminal portuario. Este debiera ser el puerto que en el mediano plazo satisfaga las necesidades del comercio exterior", indica el administrador Toro Ferrari.

Futuro promisorio

Las páginas de su historia se remontan al siglo dieciocho, cuando el entonces gobernador de Chile, don Ambrosio O'Higgins, emite un decreto que lo reconoce como puerto exportador e internador. Entonces su población, que vivía en forma exclusiva de la pesca y del comercio marítimo, apenas alcanzaba a los setecientos habitantes.

San Antonio ha recorrido un largo y también azaroso camino. Hoy la actividad portuaria emplea en forma directa e indirecta a más de tres mil personas y la vida de sus habitantes gira en torno a ese puerto que los sanantoninos defienden de corazón. Allá es habitual escuchar opiniones como "éste es el primer puerto de Chile" o "San Antonio es el único puerto, las restantes son apenas ciudades con puerto".

¿Cuáles son las perspectivas, ahora que la reconstrucción de lo que quedó en pie ya casi ha finalizado? Para el ingeniero Toro Ferrari, quien apenas lleva tres años en su cargo y proviene precisamente de Valparaíso —ahora su competidor natural—, el futuro es promisorio. Indica que "a diferencia de otros puertos, éste tiene una posibilidad de expansión de veinte hectáreas para ampliar el terminal y que son propiedad de Emporchi". Agrega que el puerto no está cercado por la ciudad, como sería el caso de Valparaíso, aunque se niega a polemizar al respecto.

"Objetivamente, San Antonio posee una serie de condiciones naturales únicas, que hacen que nosotros trabajemos con vistas a ese futuro que se nos presenta óptimo. En estos momentos sólo resta que las autoridades tomen la decisión de pavimentar el camino de Santa Rosa de Pelequén y, talvez, considerar la alternativa de finalizar la doble vía entre San Antonio y la región metropolitana", indica el administrador. ■

JAIME GUZMAN

Lo que más me impactó



Todos quedamos asombrados por la vitalidad física demostrada por Juan Pablo II en su viaje a Chile, que además incluyó jornadas igualmente agotadoras en Argentina y Uruguay.

Inútil sería buscar la fuente de esa energía en vertientes preponderantemente naturales. Fluye demasiado claro que el Santo Padre está movido por una fuerza sobrenatural. Por aquella singular superabundancia de Gracia Divina que distingue a los santos. Porque Juan Pablo II, por encima de cualquier otro rasgo, es un santo.

Sin duda, la santidad supone el cultivo simultáneo y en grado heroico de múltiples virtudes. Pero si tuviese que destacar aquella que más me impresionó en el Papa, no vacilaría en destacar su humildad.

Juan Pablo II fue dotado por Dios de los talentos naturales propios de un gran comunicador. Tal aptitud, unida a sus múltiples otras cualidades y al atractivo de su carismática personalidad, le permiten congregar y cautivar a las multitudes, sin fronteras de ninguna especie. Su popularidad corre a parejas con el respeto, la admiración y el cariño que suscita.

Ahora bien, toda persona que logra el aplauso y elogio de las multitudes, tiende a regocijarse de algún modo en ello. Desde la burda fatuidad del vanidoso hasta el esfuerzo que busca colocar ese éxito al servicio de una causa superior. Sin embargo, Juan Pablo II me deja una impresión diferente, que va aún mucho más lejos que esto último.

Creo que lo más impactante del actual Pontífice estriba en que él ni siquiera parece reservarse ese humano y legítimo deleite con la acogida que despierta. Su humildad alcanza cumbres tan elevadas, que no hay lugar en ellas para ninguna concesión al "ego". Con su actitud, él nos demuestra que aun ese grado que pudiésemos considerar inevi-

table e indisoluble de la condición humana, puede superarse en los más altos niveles de la santidad.

Juan Pablo II hace patente que su espíritu opera como un resorte automático para proyectar hacia Dios todo el eco de su personalidad y de sus palabras. Sin guardarse ningún deleite interior de autosatisfacción. Ninguno. Ni siquiera aquel que pudiera estimarse lícito.

Todo lo que el Papa hace y dice está proyectado hacia Dios. Y es que él sabe que su mensaje no le pertenece. Es de Cristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre. Por eso habla con una autoridad que le viene de lo alto. Y también por eso sólo acepta ser el mensajero de Cristo.

En esta Semana Santa, difícilmente habrá algo más oportuno que releer lo que el Santo Padre nos dijo en Chile. Asumir el conjunto de su mensaje para proyectarlo en nuestras vidas, sin prejuicios ni parcelaciones que lo desfiguren.

Pero para entender el verdadero significado de ese mensaje, hemos de colocarnos en la perspectiva sobrenatural que le otorga su verdadero sentido. Sin ello, palabras como "reconciliación" y "amor" pueden desnaturalizarse, limitándose a vacíos sentimentalismos. O, peor aún, a un caprichoso acomodo reafirmador de nuestras conveniencias.

Para que realmente "el amor sea más fuerte", ha de ser expresión genuina de la virtud teológica de la caridad. Es decir, del amor a Dios —lo que exige seguir sus mandamientos— y del amor al prójimo por amor de Dios, lo cual reclama buscar el bien moral del ser amado. De ahí que el auténtico amor resulte inseparable de la observancia de la ley moral objetiva. Reconocerlo y asumirlo requiere esa humildad que el Papa nos testimonió en forma que nos sobrecoge, pero que también nos cuestiona a cada uno.

Elke Schwarz ■